

DISCURSOS FUNERAL JAIME GUZMÁN, 4 ABRIL DE 1991

HERNÁN LARRAÍN

Me ha sido pedido que despidiera a Jaime en nombre de sus amigos. Al hacerlo, quiero ser fiel al sentimiento de tantos, que como yo, quisieran manifestarle una última palabra en forma personal. Sucede que Jaime establecía con cada hombre o mujer que tratara, una comunicación que era única y especial, diferente a toda otra, salvo en cuanto ellas tenían siempre de común, ese rasgo de cariño y distinción que le eran inconfundibles. La simpatía le fluía espontáneamente desde lo más profundo de su ser, algo que le acercó a decenas de amigos, de cuyas familias fue parte como testigo de sus matrimonios, padrino de bautizos o como el tío más apreciado de los niños, quienes lo sentían muy suyo.

Esa cordialidad y atractivo humano que formaban parte indeleble de su personalidad, estuvo presente desde temprana hora cuando daba sus primeros pasos juveniles. Fue este un elemento aglutinante fundamental, cuando por ejemplo, junto a otros y bajo su conducción constituimos el movimiento gremial de la Universidad Católica. Su unidad, fuerza y mística, radicaban en no poca medida, en este particular aspecto del carácter de Jaime, algo que no sólo creaba un compañerismo de mucha confianza, si no que perfilaba un estilo que se repetiría en todos los grupos, que con distintas finalidades fundara durante su vida, como su partido, la Unión Demócrata Independiente, aspecto que ciertamente sería la clave del éxito que todos ellos han encontrado.

Sus múltiples talentos sobresalían en todas sus actuaciones, aunque quizás más característico de él era lo disciplinado de su modo de trabajar, lo metódico casi hasta la exageración en su forma de ser y la constancia en la consecución de los objetivos que se proponía.

Con todo, las enormes condiciones que tenía, no le hicieron jamás ser arrogante, presumido, jactancioso u ofensivo. Por el contrario, supo entender que todos sus dones debía subsumirlos en pos de los objetivos de vida que se había propuesto. Esta modestia de su personalidad, le hizo ganarse la admiración de sus partidarios y amigos y el respeto de sus adversarios. Siempre decía que lo valioso en una persona dotada, no era la posesión de talentos, los que constituían una herencia recibida gratuitamente, si no lo que con ellos hiciera y la finalidad a cuya disposición los entregase. En tal sentido, Jaime nunca confundió lo importante con lo que es accesorio o anecdótico. Por ello nunca ambicionó a ocupar cargos de resonancia pública o de mucha figuración, más bien los rehuía. Desde luego, jamás buscó ser Senador. Si asumió esas responsabilidades, fue únicamente en cuanto éstas eran funcionales a lo que verdaderamente perseguía.

En una oportunidad, siendo yo muy joven, mientras asistía a un retiro en un monasterio de Santiago, pude ver a un monje limpiando con un trapero un baño. Era este un hombre brillante, un profesional, gran predicador y mejor escritor. Me acerqué y le dije: “¿Padre, por qué hace usted esto y no ocupa su tiempo en cosas más importantes?”. Me miró fijamente y con serenidad me dijo: “¿y qué es lo importante?”. Luego bajó la vista y

siguió trapeando el piso. Le conté a Jaime días después lo que me había ocurrido: simplemente sonrió. Tampoco hizo mayores comentarios. Es que él más que nadie tenía eso muy claro.

Lo primero era amar a Dios por sobre todas las cosas y luego al prójimo. El resto era la añadidura. Eso hizo con su vida, aun negándose a llevar adelante lo que era su vocación real: el sacerdocio, que dejó por el servicio público, probablemente porque a través de él, dados los tiempos que le tocó vivir, podía influir mejor en la opinión pública y ejercer una enorme labor formativa en la juventud, sin por ello dejar de lado una intensa y sostenida vida sacramental.

Es justo señalar sí, que en Jaime se daba también una gran universalidad y una vasta cultura. Esta se expresaba en su extraordinaria sensibilidad por las artes, particularmente en la música y en la pintura, por una genuina afición por los deportes y por un singular aprecio por la buena mesa.

Todas estas facetas de su personalidad, eran acompañadas de un gran sentido del humor, y a la vez, de una especial solidaridad por el dolor ajeno. Todo lo cual le permitía llegar a personas muy diferentes, de generaciones distantes o de orígenes sociales muy variados.

Cuando tuvo que emprender la campaña senatorial, Jaime captó rápidamente el afecto popular, pues el pueblo posee un sentido común innato y supo reconocer en él a un hombre sencillo y valioso. Es el mismo afecto que hemos apreciado en estos días, cuando las calles se han hecho estrechas para despedirlo. Chile entero siente con tristeza incontenible la partida de uno de sus mejores hombres, cuando el odio cree ser más fuerte. Pero se equivocan quienes piensan y actúan así. Jaime Guzmán no ha muerto, pues a pesar de que le han quitado la vida, que es todo cuanto podrían quitarle, él permanece con nosotros.

Desde lo alto, su espíritu trasciende las barreras que han intentado poner entre él y nosotros. Ese espíritu de él expresa la labor que realizara junto a una generación que actuaba bajo su liderazgo, que se manifestó en múltiples formas institucionales y que continuará en la voluntad insobornable e infatigable de quienes crecimos en torno a él, puesto que hemos entendido su mensaje y daremos testimonio de lo que hace a la vida digna de ser vivida: que en ella nos juguemos hasta el final por lo que realmente es importante.

En sus últimos días, Jaime dio señales que debemos saber leer. Fue baleado pocos instantes después de terminar de hacer su clase, algo que no dejó de hacer a lo largo de 20 años. Su preocupación por la enseñanza de la juventud, nos deja un desafío que es ineludible para asegurar el progreso y la sanidad moral del país. Por otro lado, es sintomático que su martirio tuviera lugar luego de Semana Santa, oportunidad en que Jaime pudo rememorar la pasión, muerte y resurrección de Jesús, en meditaciones que nos hacen pensar en una anticipación del camino que horas después seguiría.

Como pocos, no le temía a la muerte, y sin desafiarla, actuaba a la luz del día, a cara descubierta y mirando de frente, preparado para asumir el paso siguiente. Resulta muy

evidente que al momento de morir, Jaime atravesaba por el período de mayor plenitud de su existencia. Quienes lo vimos crecer y desarrollarse, pudimos apreciar cómo cada día que pasaba se elevaba en espiritualidad. Sus comentarios personales y su obra pública, fueron siendo cada vez más precisos, más profundos, más eficaces y más oportunos.

Dios se lo ha llevado porque él sólo quiere a su lado a los mejores.

Como amigo, todos le teníamos especial cariño, puesto que era para cada uno de nosotros nuestro más querido amigo. Como hombre público, todos le admirábamos porque era el más hábil, el más competente, el más lúcido, simplemente porque era de todos el mejor. Como formador de hombres le respetábamos, porque en esa labor que ejercía con tanto esmero era también el mejor. Como hijo, su madre Carmen sabe que era el mejor hijo que podía tener, y nadie como la Rosario y la María Isabel podían haber tenido mejor hermano. Jaime fue siempre el mejor.

Del alma al cuerpo se ha producido en Jaime hoy una separación. Dejaremos en tierra hoy su cuerpo, inerte por mano asesina, y sin embargo hoy más que ayer, percibimos que su alma sigue aquí junto a nosotros. Esa ligazón que podíamos apreciar al estar en su proximidad, sea en una conversación o en una reunión de trabajo, nos parece ahora de mayor profundidad, porque el significado de su vida, el sentido de su obra y por sobre todo la fuerza de su amor, irrumpen incontenibles en nuestro entorno y en nuestra conciencia, hablándonos con una claridad que nunca nos abandonará.

Su palabra está ahora con el verbo, por eso continuará acompañándonos hasta el último día. Su humanidad, tan estimada por nosotros, será el alimento de un recuerdo que cultivaremos en nuestra memoria por siempre.

Sin embargo, no podemos ocultar lo que siente nuestro corazón al encontrarnos esta tarde en tan inimaginable circunstancia, cuando debemos enterrar al primero de entre nosotros. Entonces, no podemos dejar de mirarnos y constatar que con su muerte algo muy hondo en nosotros mismos, sus amigos, también ha muerto.

El alejamiento de nuestro querido Jaime, constituye un motivo de profundo e inevitable dolor, puesto que con su partida hemos perdido en forma irreparable la presencia y compañía del que fuera, para todos, nuestro mejor amigo.